

La catedral, capítulo 1.

Carmela Sed



Capítulo 1

Hoy me he levantado con una gran sensación de extrañeza. Como si despertara a medias de un pesado letargo que me convendría no interrumpir. A pesar de todo he puesto firmemente los pies en el suelo. La madera ha crujido pero tú has seguido durmiendo, imperturbable. He abierto el gran armario y he recorrido sus interioridades con la mirada. Me ha parecido imposible decidir cómo vestirme. Todo lo que me pongo habitualmente me parecía inapropiado para el día de hoy. No me preguntes por qué. Entonces he visto un vestido tuyo, tu preferido. Es rojo, de un rojo apagado, de bambula, ajustado. Una cinta crema lo ciñe a la cintura. Me lo he probado. Me queda estrecho. Se me marcan todas las curvas del cuerpo. Es vulgar en mi y sin embargo, decido dejármelo puesto y salir con él. Se transparenta. Tú solías ponerte una combinación. Me he subido al coche. He arrancado y he puesto rumbo a la ciudad. He aparcado al lado del castillo y me he encaminado a la catedral. He empujado con decisión la puerta de la escalera de caracol que da acceso a la tribuna del gran órgano, con gestos que parecían acometidos cien veces. F. estaba sentado frente a la consola, silencioso. Un joven, de pie a su lado, miraba atentamente una partitura. Un alumno, sin duda. Con una voz que no me pareció la mía pedí disculpas por interrumpir la lección y solicité hablar a solas un momento con él. F. se levantó y, sin responder, abrió la puertita que conduce al interior del instrumento, invitándome con un signo de la mano a que pasara. El espacio, entre tubos, tirantes de madera y fuelles era exiguo. Nos obligaba a mantenernos muy próximos. El alumno no encontró mejor manera de ocupar el tiempo que ponerse a tocar. El sonido era ensordecedor. Bajé la cabeza, intimidada repentinamente. No tenía nada que decir. Crucé los brazos sobre el vientre. Hacía frío. Vi mi piel erizada, mis pechos tensos. Sentí que él los miraba, de manera intensa. Me di la vuelta. El alumno había dejado de tocar y había entreabierto la puerta. Me quedé entre los dos, los pies clavados en el suelo, inmóviles pero con medio cuerpo sacudido por una respiración desordenada y con los pechos a punto de desgarrar el fino tejido de tu vestido. Parecía que gritaran, venid, venid y tomadme, por el amor de dios. Y los dos hombres seguían mirándolos, sin piedad, sin moverse. Entonces los cubrí con mis propias manos como si así pudiera calmarlos y me marché corriendo.

Al llegar a casa he visto mi reflejo grotesco en los ventanales de la cocina. Todavía era pronto. He subido y me he vuelto a poner el pijama. Me he metido en la cama y he dormido otra vez.